

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

UN PUEBLO
...cayeron los
muros

por Antoni Mendoza i Miralles

21

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

correo-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

*«Por la fe cayeron los muros de Jericó con rodearlos
siete días».*

(Hebreos 11:30).

La segunda ocasión en que el pueblo de Israel nos es puesto como ejemplo, lo encontramos en el capítulo seis del libro de Josué, cuando cayeron las murallas de Jericó.

Pasaron 40 años entre el paso del Mar Bermejo por la fe, y la caída de las murallas de Jericó por la fe. Aquel primer momento, significó la salida del pueblo de la tierra de su servidumbre, de Egipto; este segundo, la caída de Jericó, marca el inicio de la toma de posesión de la tierra de la Promesa.

Fueron dos momentos muy importantes en la constitución de Israel como nación; pero aún lo son más, por destacarlos Dios como dos momentos especiales en que el pueblo de Israel, como nación, evidenció su fe en Dios y su Palabra.

...de Jericó

La tierra de la Promesa, que Dios había dado a Israel en herencia, estaba poblada por diferentes pueblos y reinos. Los patriarcas vivieron en ellas como extranjeros y peregrinos, pero ahora, sus descendientes volvían para tomar posesión de ella en el nombre de Dios. Pero tenían que luchar en contra de sus habitantes, sin poder llegar a ningún pacto con ellos, pues de otra manera el pecado de aquellos pueblos se extendería entre el pueblo de Dios. Si se mantenían fieles a Dios, tendrían la victoria asegurada en cada batalla, puesto que Dios lucharía a favor de ellos.

La primera ciudad que encontraron fue la ciudad de Jericó, llamada también en Deuteronomio “ciudad de las palmas” (Dt 34:3). Era una ciudad amurallada, que podía resistir un sitio sin ningún problema. Cuando Israel cruzó el Jordán, la ciudad “estaba cerrada, bien cerrada”, “nadie entraba, ni salía”. La venida de los exploradores los alertó, entendiendo que aquella multitud que había escapado de Egipto, y que tenía un Dios tan poderoso, venía a conquistarlos, por eso tomaron las medidas oportunas.

La murallas de Jericó

Puesto que Jericó era una ciudad amurallada, la única opción que tenía un ejército era situarla. Eso planteaba una lucha larga, puesto que los de la ciudad podían resistir los ataques externos, e incluso podían llegar a derrotar a sus enemigos.

Lo que no sabían los habitantes de Jericó era que Dios ya había entregado la ciudad, con su rey y sus varones de guerra, en manos de los hijos de Israel (6:2). Eso motivaría que el sitio no fuese como de costumbre, porque Dios quería dejar claro que la victoria era obra suya, y que el pueblo sería su instrumento debido a su condición espiritual.

La fe de Israel había de mostrarse una vez más ante las dificultades. El Mar Bermejo había sido un obstáculo físico, y las murallas de Jericó eran un obstáculo humano; pero tanto uno como el otro se superarían por la fe. La ciudad amurallada de Jericó podía desanimar a cualquier ejército que quisiera tomarla, pero Israel la había de contemplar con los ojos de la fe, y eso haría huir cualquier desánimo.

Un sitio singular

Pero, como hemos dicho, aquel sitio había de ser totalmente diferente de cualquier otro. Su planificación no estaba en manos de Josué y de los otros jefes del pueblo, Dios había descartado los planes humanos, no se tenía que seguir una estrategia que honrase al hombre, sino que se habían de seguir las indicaciones de Dios.

De entrada, el sitio había de ser muy corto, en concreto únicamente duraría siete días, según lo que Dios había dicho; y en él no se había de utilizar ninguna maquinaria de guerra de las que se hacían servir para conquistar una ciudad amurallada.

La manera en que se había de llevar a cabo era desconcertante. El pueblo había de formar siguiendo una pauta concreta, llevando en medio de ellos, centralmente, el arca del pacto, testimonio de la presencia de Dios en medio de su pueblo. En primer término había de ir el ejército armado, detrás de ellos debían ir los sacerdotes con siete cuernos de carnero, tocándolos, y a continuación iba el arca, llevada por los sacerdotes. Detrás de todo iba el pueblo caminando y tocando los cuernos, pero sin decir ni una sola palabra, callados.

De esta manera ordenados, habían de dar una vuelta diaria a la ciudad, y volver al campamento. Y eso lo tenían que hacer por seis días. El séptimo día habían de dar siete vueltas, y cuando sonase prolongadamente el cuerno de carnero, el pueblo había de clamar a todo pulmón, y en ese mismo momento la muralla de la ciudad se desplomaría, y quedaría en manos de Israel.

Dos posibles reacciones frente al sitio

El primer día, aquel espectáculo dejaría desconcertada a la gente de Jericó, que esperaba un primer ataque contra sus defensas. Pero cuando vieron que el segundo día hacían lo mismo, más de una sonrisa se dibujaría en el rostro de los de Jericó. Qué manera más extraña de sitiar una ciudad -pensarían-. Pero al tercero, al cuarto, al quinto o al sexto día, aquella vuelta a la ciudad se transformaría en un motivo de broma y menosprecio.

Para Israel la vuelta del primer día sería fácil, pero en las siguientes, con las reacciones de los habitantes de Jericó, les sería difícil hacer únicamente lo que Dios les había mandado, y aún más difícil les sería tener la boca cerrada, y callados volver al campamento.

Qué requiere del pueblo aquel asedio

Dios no ordena las cosas a su pueblo por que sí, siempre tiene un propósito, y este incluye su glorificación y la bendición del pueblo.

La **primera lección** que el pueblo tuvo que aprender fue la lección de la obediencia. Dios es digno de nuestra obediencia, aunque no acabemos de entender del todo por qué nos manda que hagamos las cosas de cierta manera. Nuestra falta de comprensión de los propósitos divinos no nos libra de obedecer incondicionalmente a su santa Palabra. Israel tenía que obedecer a Dios en todo, en cada una de las directrices: en el orden que habían de mantener, en las cosas que tenían que hacer, y también en las cosas que no tenían que hacer. Israel aprendió la primera lección, la lección de la obediencia incondicional, y en eso nos fueron de buen ejemplo. Por la fe obedecieron.

La **segunda lección** que el pueblo tuvo que aprender, fue la lección de la dependencia. El hecho de aceptar el plan de Dios para conquistar la ciudad, y descartar cualquier otra alternativa, los llevó a depender totalmente de Dios para conseguir la victoria. Siempre es lo mejor ponerse en las manos de Dios, puesto que el hombre que confía en el hombre se coloca bajo la maldición de Dios (Jr 17:5). Por la fe dependieron completamente de Dios.

La **tercera lección** que tuvieron que aprender fue la de superar la prueba. Cada vuelta fue una prueba de fe para el pueblo, y cada día que pasaba la prueba era mayor. Dios quería probar la fe de su pueblo, para que esta fuera hallada “en alabanza, gloria y honra”, puesto que para Dios es “mucho más preciosa que el oro”, en palabra de Pedro (1P 1:7). La gente de Jericó fue el instrumento que Dios usó para probar la fe de su pueblo cada vez que daban la vuelta a la ciudad.

La **cuarta lección**, fue la necesidad de ser pacientes y perseverantes. Dios hace las cosas en su tiempo, y eso hace que su pueblo tenga que aprender a ser paciente, sin perder la confianza, y pacientemente perseverar esperando el momento en que Dios obrará. Israel conocía el momento en que actuaría, no tardaría muchos días, lo haría en siete días, pero seguro que les pareció una eternidad. Nosotros, normalmente, no sabemos cuanto tiempo tendremos que esperar, por eso hemos de aprender bien esta lección. Por la fe esperaron pacientemente.

Otras lecciones complementarias que nos muestran los hechos

Las cuatro lecciones que hemos presentado en el apartado anterior nos hablan de las cosas que el sitio que había iniciado Israel les exigía, pero la consideración de los acontecimientos nos llevan a complementar estas cuatro lecciones con algunas otras.

La marcha del pueblo alrededor de Jericó nos recuerda que el pueblo de Dios **siempre ha de ir hacia adelante**. Si Dios nos guía no hay ningún motivo para que nos desviemos a derecha o izquierda, y mucho menos para que volvamos atrás. Cuando alguien vuelve atrás es porque se ha equivocado o porque sale escapando de miedo o de una derrota. Eso también excluye que nos quedemos parados. Hemos de dar pasos firmes, en el cumplimiento de la voluntad de Dios, siguiendo el camino que nos lleva al cielo.

Cada miembro del pueblo de Israel **ocupó el lugar que Dios le había asignado**. Hemos de conocer cual es nuestra función en el pueblo de Dios, la hemos de aceptar agradecidos y con alegría, la hemos de asumir, y no hemos de buscar ser otra cosa que aquello que Dios nos ha hecho, ni ocupar ningún otro lugar que aquel en el que Dios nos ha colocado. La comprensión de esta sencilla verdad evitaría muchos de los problemas internos que el pueblo

de Dios se enfrenta. Hemos de asumir nuestro lugar en el pueblo de Dios de una manera comprometida y responsable. No hemos de competir por ningún lugar en el pueblo de Dios, cada uno es lo que es por la gracia de Dios, y no es otra cosa por la gracia de Dios.

Es necesario recordar que el arca del pacto, que era el testimonio de **la presencia de Dios en medio de su pueblo**, iba en medio de ellos. Dios ha de ser el centro de la vida de su pueblo en marcha. Lo era cuando estaban acampados, lo era cuando el pueblo se movía, y había de serlo cuando el pueblo rodeaba la ciudad de Jericó. La centralidad de Dios en medio de su pueblo, se corresponde con la centralidad de Cristo en medio de su Iglesia (Mt 18:20), Cuando Cristo no es central en cualquier acto de la vida del pueblo de Dios, la derrota es segura.

Por último, queremos destacar el sonido de los cuernos. Era el sonido que **anticipaba la batalla y la victoria**. Por seis días, y también durante las siete vueltas del séptimo día, el pueblo de Dios no había dicho nada, pero había de hacer sonar los cuernos anticipando la victoria.

Fe en la liberación y en la victoria

Todo acto de fe es importante en sí mismo, esta es una lección que necesitamos aprender y no olvidar. El deseo de Dios es que los actos de fe formen parte de un continuo, de una vida de fe; pero eso no significa que no valore cada acto por sí mismo. Dios valora el todo, y también valora la parte, y nosotros tendríamos que hacer lo mismo.

Él mira a Israel y dice que es “un pueblo rebelde y contradictor” (Ro 10:21; Is 65:2), pero eso no significa que no reconozca que por la fe atravesaron el Mar Bermejo, y que por la fe cayeron las murallas de Jericó.

En el caso de la caída de las murallas de Jericó, Dios conocía en su omnisciencia que después algunos del pueblo desobedecerían el mandato de no tomar del anatema, lo que les llevaría a la derrota de Hai. Pero Dios, con todo, recuerda a los creyentes de la dispensación de la Gracia la fe que manifestó el pueblo de Israel en la toma de la ciudad de Jericó. Cómo obedecieron lo que Dios les mandó, rodeando la ciudad de Jericó y tocando el cuerno. Cómo esperaron el tiempo de Dios, siete días... La fe de ellos fue evidente, y fue el medio por el cual Dios hizo que el séptimo día cayeran las murallas y la ciudad fuese conquistada. Una fe que no cuestionó la manera de hacer de Dios, y una fe que supo esperar el tiempo que Dios había establecido.

Una lección final

Únicamente unas breves palabras para cerrar este capítulo, como una lección final entre las muchas que hemos considerado, con la esperanza que nos sea útil como pueblo de Dios.

En ocasiones, el fracaso del pasado nos hace creer que ya no podemos esperar vivir cosas importantes en el futuro. La debilidad, cuando no la contradicción, actual de aquellos que nos identificamos como el pueblo de Dios, la Iglesia, nos hace dudar que “por la fe” Dios pueda hacer grandes cosas a través nuestro. En ocasiones, incluso pensamos así en relación a nuestras posibilidades como iglesias locales; ciertas experiencias tristes del pasado nos dejan sin esperanza cara al futuro. Y, entonces, Dios nos recuerda que “por la fe” el pueblo de Israel atravesó el Mar Bermejo y vieron como sus enemigos eran totalmente derrotados después que el pueblo se asustó por el peligro que representaban los egipcios y se quejaron a Dios. En Dios siempre encontramos perdón, y en Dios siempre tenemos un futuro mejor. Es cierto que el cristianismo meramente profesante no tiene esperanza, y que camina hacia la iglesia laodicense, pero la verdadera iglesia

de Cristo de la época presente, y sus expresiones locales, siempre tiene esperanza. La verdadera Iglesia siempre puede triunfar para la gloria de Dios, mientras que la Iglesia falsa y apóstata cada día está más en ruinas,

En otras ocasiones, el recuerdo de los fracasos anteriores y el miedo a nuevos fracasos, o el temor a caer en el futuro, es otra cosa que nos deja parados. Pero el pueblo de Israel tuvo un Pihahiroth, antes de cruzar el Mar Bermejo, y tuvo un Hai, como consecuencia de tomar del anatema en Jericó, y eso no les impidió ver como por la fe las murallas de Jericó cayeron. El miedo al fracaso no puede dejarnos impedidos para obrar “por la fe” en el presente las grandes obras de Dios.

Que nuestro misericordioso Dios nos lo haga entender, y nos permita actuar como pueblo de Dios “por la fe”.

Edicions Cristianes Bíbliques